

El unicornio de Pedro Lemebel

Como cronista, Pedro Lemebel rara vez desentona. "Zanjón de la Aguada", su más reciente recopilación de artículos (Seix Barral, 298 páginas), es la mejor demostración de que con unas pocas pero fervientes obsesiones es posible construir una obra importante o, mejor dicho, una manera de hacer literatura sumamente personal y, sobre todo, profundamente inimitable.

Si en sus libros anteriores el autor había dado buena cuenta de la postergación del mundo gay (antes, durante y después de la dictadura), esta vez se aboca, con su habitual y saludable desmesura, al paisaje social de Santiago. Así, la Plaza Italia y el barrio Dieciocho, el indiferente interior de un mall o el desalentado fanatismo de los hinchas de las barras bravas se reúnen y se confunden en un solo y desolador cuadro de costumbres, boceteado con esa sintaxis intuitiva y arrebatada que ya se ha convertido en una especie de marca de fábrica de Lemebel.

El volumen contiene, además, ciertos retratos muy bien logrados (los de Sola Sierra, Marcia Alejandra de Antofagasta y Susy Becky, la extraviada intérprete del hit "yo quiero adelgazar/ yo quiero ser igual que una sirena") y algunos textos



más propiamente autobiográficos, como la crónica en que el autor relata en clave seudomística su primera comunión: "Fue incómodo recibir esa hoja de masa que no se podía mascar, que con la saliva se pegó en mi paladar, y no podía despegarla sin

saber qué parte de Dios estaba tocando con la lengua".

Mención aparte merecen los sendos "affaires" del cronista con Joan Manuel Serrat, Manu Chao y Silvio Rodríguez (quien se ofende cuando Lemebel le

dice que "Unicornio azul" y "Te molesta mi amor" son canciones de temática homosexual), y las reseñas de la asunción de Ricardo Lagos a la Presidencia y de la inauguración del Museo

de la Solidaridad Salvador Allende, en las que el autor recrea con enorme gracia -esa es la palabra justa- aquella rara mezcla de buenas intenciones e hipocresía propia de los episodios de la vida social.

Como siempre, después de leer a Le-

Después de leer "Zanjón de la Aguada", queda la impresión de que, para Lemebel, una de estas crueles mañanas de invierno santiaguino no sería gris, sino más bien "poco colorinche" o "piñufla".

mebel queda la impresión de que, para él, una de estas crueles mañanas de invierno santiaguino no sería gris, sino más bien "poco colorinche" o "piñufla". Con excepción de un par de artículos sociologizantes y finalmente algo aburridos, en "Zanjón de la Aguada" el humor más negro alterna con esos retoques atarantados y gozosamente coloquiales (por ejemplo, a propósito de un encuentro con el grupo Illapu, dice que resulta "difícil no reconocer la estampa juvenil, semiartesa, medio chiloca y bullanguera de los hermanos Márquez").

A Pedro Lemebel no le importa repetirse y, como no le importa, finalmente no se repite. Sus crónicas -a veces muy cálidas y hasta cómicas, siempre emotivas, beligerantes y rabiosas- son mucho más que un alegato o un testimonio: permanecerán ahí, rondando molestosamente a quienes preferirían permanecer encerrados en las cuatro paredes del conformismo.